

## Los Libros

LA MUJER Y NUESTRA ÉPOCA, de *Charlotte Luetkens*

La última guerra habrá hecho el milagro de dar a las mujeres de todos los países un propósito común: la conquista de su libertad. Libertad total, libertad sin regatecs, libertad definitiva. La conquista de los mismos derechos que hasta ahora parecían reservados al hombre. Las exigencias de la última revolución universal pusieron a la mujer al mismo plano que el hombre, y después de la batalla, quién va a convencerla que no fué sino una broma? ¿Un paréntesis? ¿Una situación de emergencia? Basta leer esa obra de Charlotte Luetkens, «*Women and a New Society*» editada por Nicholson & Watson, de Londres para tener la evidencia de que la mujer ha llegado definitivamente a su mayor edad. Y ello tendrá como consecuencia su próxima victoria. Su propósito de plena libertad será, en un período inmediato de tiempo, un hecho.

Y no queremos referirnos, cuando decimos libertad, a esas minucias del voto femenino, a sus derechos de administrar o dirigir industrias, comercios y oficinas públicas, ni a sus especiales calidades para regir los hogares. La cosa es más vasta. La libertad de la mujer equivaldrá a alterar la misma figura de nuestro globo terráqueo. No nos sorprendería que en pocos años más la Tierra tenga la forma de un trapecio o de un cubo. Pues se trata, cuando hablamos de libertad de la mujer, de su libertad

absoluta. Libertad de acción, de pensamiento, de fantasía, de fuerza, de sus sentidos con movimiento autónomo. Charlotte Luetkens en su libro delicioso, nos pone de manifiesto las conquistas sucesivas de la mujer y podemos darnos cuenta de lo que ha significado para la humanidad cada una de esas conquistas. Casi podríamos esquematizar el panorama en esas breves líneas: cuando Eva se vestía con una simple hoja de parra hundió la humanidad (naturalmente en aquel entonces la Humanidad no era para llenar estadísticas pues se reducía a nuestro estimado padre Adán). La hundió con el gesto tan ingenuo de servirle una manzana, rellena de nadie sabe qué, a su cónyuge. ¡Ah! pero la venganza, el castigo que cayó sobre la mujer fué fulminante: desde entonces la mujer no pudo tener la libertad de correr contra viento a la ligera: vinieron los zapatos, las medias, las fajas, las enaguas y una inacabable serie de prisiones terribles que llegaron a oprimirla, a encerrarla bajo innumerables capas que la aplastaron. La mujer dejó de ser libre. Y es así como vemos, (y para ello nos ayuda mucho el libro de la señora Luetkens) que en un momento dado la única libertad que tenía la mujer era tener en la mano una maza de madera con la única posibilidad de aplicarla a golpear... una bola de croquet.

Pero de entonces han ocurrido muchas cosas. Y la guerra última. Y la mujer ha dejado para siempre sus enaguas numeradas, sus corsés y sus cofias, y nuevamente bracea a viento sin traba alguna. La indumentaria de la mujer de hoy día, es la imagen misma de su recuperada libertad. (Mientras el hombre sigue creyendo que para él los tiempos no han pasado y puede todavía confundirse con el hombre de cualquiera de los siglos pasados). Y lo más terrible de hoy día es que no podemos tener la esperanza de que la mujer repita el mismo error de antaño lo que salvó la humanidad una vez (cuando, como hemos dicho la Humanidad era el padre Adán) no servirá ahora. La mujer conoce el gusto de los frutos del Arbol Prohibido. Y ahí está su fuerza. Ya no le interesa ahora tentarnos con manzanas ni con

nada. Y sigue sola su vida. Organiza su mundo. Y quizá también el nuestro. No nos sorprendería que una mañana, al levantarnos, estuviésemos solos abriendo los ojos en otro planeta al cual nos proyectaran nuestras estimadas compañeras, para no estorbar «su obra».

Charlotte Luetkens, nos explica en su libro la evolución, la reforma, las conquistas de la mujer en la sociedad: de todo ello se afirma nuestro anterior comentario y nuestra duda: esa libertad de la mujer en este momento, nos servirá realmente para algo? ¿Y les servirá realmente a ellas? ¿No puede llevarnos también al peor problema para ellas precisamente? ¿Y es de entregarnos ahora, en bandeja también, nuestra propia libertad? La libertad de la mujer equivale a la nuestra. Seremos, finalmente, libres. Y eso le será útil, francamente a la mujer?—FRANCISCO TRABAL.



DE LO ESPIRITUAL EN LA VIDA HUMANA, por *Enrique Molina*.  
Editorial Nascimento. (Segunda edición, 1947)

La figura de don Enrique Molina significa en Chile, algo más de lo que los chilenos, casi siempre olvidadizos, displicentes y superficiales, pueden apreciar. Es un maestro, un filósofo, pero además un hombre realista y de empuje, un constructor. A semejanza del doctor Negrín en España, fué capaz de construir una ciudad universitaria en la gran ciudad penquista, enraizada en lo más significativo y dramático de nuestra historia. Los que han luchado en Chile para editar una revista de carácter puramente científico o literario, los que conocen la falta de interés del público chileno para adquirir obras de sus compatriotas, si no las han visto proyectadas en el cine, o no se trata de murmuraciones agresivas que despedazan la honra ajena, comprenderán lo que significa construir una ciudad universita-